

El fascismo y las contradicciones en el seno de la burguesía chilena

El viernes pasado, 6 de agosto, dos destacadas figuras políticas de la burguesía chilena fueron detenidas por la policía de Pinochet y a las pocas horas deportadas a la Argentina. Se trata de dos juristas chilenos: Eugenio Velasco Letelier y Jaime Castillo Velasco. El primero de ellos fue Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile y miembro connotado del ala derecha del Partido Radical; el segundo, secretario de Estado durante el gobierno demócrata cristiano de Eduardo Frei Montalvo, ideólogo de su partido y colaborador estrecho de este último. A pesar que Velasco Letelier profesa una ideología liberal y laica y Castillo Velasco es un ferviente partidario de las doctrinas de Maritain, a la vez que religioso, hay algo común entre ambos: son enemigos declarados del marxismo leninismo y fueron opositores a *outrance* del gobierno del extinto presidente Salvador Allende Gossens. ¿Por qué entonces su detención y deportación, previa a una campaña de injurias por parte de la prensa adicta a la dictadura, que llegó al extremo de calificarlos de "viles traidores a la patria"? La respuesta la encontramos en una división profunda de las fuerzas políticas burguesas, entre una fracción que propugna un modelo político fascista, actualmente detentadora del gobierno, y otra que desea la democracia burguesa formal; división que tiene sus fundamentos en la política económica y la conculcación de todos los derechos específicos de la democracia burguesa por parte de la dictadura. Esta contradicción explica el sojuzgamiento de todo el sector político liberal que se opone al fascismo y del Partido Demócrata Cristiano, incluyendo al expresidente Eduardo Frei, uno de los más decididos impulsores del golpe de Estado.

En realidad esta división política se produce a partir del golpe, como consecuencia de la práctica gubernamental de la dictadura. Antes de este acontecimiento, que sacudió al mundo entero, la burguesía se unifica por el peligro del socialismo, aspiración de las masas populares organizadas. Hacen cabeza de esta unificación burguesa los grupos golpistas inspirados en el fascismo, ubicados dentro y fuera de las fuerzas armadas, los cuales terminan por arrastrar en su intentona sediciosa a vastos sectores políticos imbuidos de una ideología democrática, como los dirigentes del Partido Demócrata Cristiano. Sin embargo, una vez que la burguesía chilena, amagada en sus intereses de clase dominante, se desembarazó de un gobierno que echaba las bases para una revolución de la estructura social y desarticuló al movimiento obrero, liquidando toda expresión democrática, surgieron las contradicciones en el seno del bloque en el poder.

Para comprender las características de la actual coyuntura política en que se debate Chile, entre las cuales sobresale la división de su burguesía, es

necesario tener presente cuatro elementos de juicio: *el retroceso y desarticulación de su clase obrera durante los dos años posteriores al Golpe de Estado, la política económica de la Junta Militar, la forma particular que adopta en Chile el fascismo y, por último, el desarrollo de la resistencia popular en contra de la dictadura.*

Respecto a la desarticulación de los partidos representantes de la clase obrera, bástenos decir que en los primeros días posteriores al golpe de Estado fueron detenidos gran parte de sus dirigentes, otros debieron asilarse y los restantes sucumbieron, con las armas en la mano, luchando contra las fuerzas usurpadoras del poder en los pocos lugares donde se pudo organizar una resistencia masiva. Asimismo, los sindicatos fueron inmediatamente disueltos, sus dirigentes fusilados o encarcelados y cualquier reunión de masas se prohibió bajo pena de muerte. Toda resistencia popular fue sofocada antes de su generación mediante la ocupación por las tropas de las fábricas, lugares de trabajo y las barriadas obreras y populares. Donde hubo resistencia las consecuencias fueron desastrosas para el pueblo: fusilamientos en masa y detenciones a granel. Ante esta situación y como no tenía armas para combatir, a la clase obrera no le quedó otra alternativa que el repliegue político total, dado que su actuación no podía revestir otro carácter que de lucha armada, al estar prohibida, por la imposición de la fuerza, cualquier forma de manifestación política pacífica. En verdad las fuerzas proletarias, por lo menos durante los primeros años posteriores al golpe de Estado, se dedicaron sólo a una actividad de organización clandestina para combates futuros, a largo plazo; sufriendo estoicamente la represión fascista.

Ahora bien, una vez que las fuerzas armadas chilenas casi aplastaron al movimiento obrero y campesino, resolviendo temporalmente la contradicción principal entre la burguesía y el proletariado, resurgieron las contradicciones interburguesas. En estos casos, las contradicciones secundarias toman el lugar de la principal y, en cierta medida, ésta se realiza *a través* de aquéllas: los intereses históricos del proletariado, que carece de representación política, pasan a ser representados, aunque imperfectamente, por fracciones de la burguesía interesadas en hacer prácticos los suyos. En el caso de Chile esta *representación* se da, siendo inconsciente por parte de los representantes burgueses, los cuales se imaginan que lo son de toda la sociedad, en la lucha por la democracia.

Las fuerzas revolucionarias chilenas necesitan la democracia burguesa, la cual les permite librarse de la brutal represión fascista. En esta lucha cuentan con el repudio internacional que provoca la barbarie represiva en los países del mundo democrático burgués y el socialista. Pero en el interior de Chile la presión política por la democracia y la libertad está restringida, por parte de la izquierda revolucionaria, a la acción clandestina en el seno de las masas. Es por eso que en un nivel superestructural (como el periodismo legal, la actividad en los tribunales defendiendo a los presos políticos y, de paso, los preceptos jurídicos democráticos) se hace imprescindible la labor de aquellos representantes de la burguesía que, al defender sus propios intereses de grupos

o fracciones de clase, *representan de paso* intereses revolucionarios, de carácter táctico para la clase obrera.

¿Pero por qué algunos grupos burgueses impugnan el proyecto fascista, agudizando de este modo las contradicciones interburguesas? Lo hacen, en primer lugar, porque la política económica de la Junta Militar *no favorece los intereses de todos los sectores de la burguesía*, sino sólo los de la burguesía industrial y financiera ligada a los capitales del imperialismo norteamericano, atentando contra las posibilidades acumulativas de sectores más tradicionales de la industria, del capital mediano y la pequeña burguesía en su conjunto. En segundo lugar, las contradicciones interburguesas se agudizan por razones ideológicas. Analizaremos por separado estos dos aspectos (la política económica de la Junta Militar y las contradicciones ideológicas interburguesas), necesarios, como decíamos al principio, para comprender las características por las cuales atraviesa la lucha de clases en Chile.

A grandes rasgos, la política económica que aplica el gobierno militar chileno se puede caracterizar por la no intervención del Estado en la formación de los precios; es decir, libre juego de la oferta y la demanda, con el propósito que éstos se nivelen con los de los mercados internacionales. Como contrapartida, se mantienen congelados los salarios. De esta forma, la tasa de explotación y, por ende, las posibilidades de acumulación capitalista son enormes, ante la inflación desatada que esta política provoca. Por otro lado, el gobierno constantemente está devaluando el peso, a efectos de estimular las exportaciones. Con esta política, más toda una serie de medidas de estímulos y privilegios al capital extranjero, unido a la desnacionalización de las empresas donde predominaba el capital nacional, se pretende la incorporación a la economía chilena de los grandes capitales imperialistas.

Esta entrega de las actividades más remunerativas al capital monopólico transnacional acarrea reacciones adversas por parte del capitalista mediano y pequeño, al no poder competir, por su tecnología más atrasada, con el capital extranjero; el cual, por otra parte, fija los precios a su arbitrio, tanto de los insumos que necesita para su producción, como de los productos que ofrece al mercado. De ahí que las contradicciones entre sectores distintos de la burguesía tiendan a agudizarse día a día.

Igualmente, la política de congelación salarial y alzas indiscriminadas de los precios tiene sumida en el hambre, no solamente a la clase obrera y los sectores más pauperizados del pueblo, sino que también a la pequeña burguesía asalariada, por lo que la contradicción entre la gran mayoría del pueblo y el grupo fascista gobernante tiende, a medida que se agudiza, a aislar políticamente a este último. Como consecuencia de esta situación, figuras aisladas de la burguesía se han lanzado a una campaña de denuncia por los atropellos de los derechos humanos y la represión fascista. Tal es el caso de los dos juristas, recientemente deportados, del propio expresidente Eduardo Frei y tantos otros.

Pero las contradicciones interburguesas tienden también a agudizarse por el proyecto de dominación fascista que los militares en el poder pretenden

implantar, el cual choca con la ideología democrática burguesa de la mayoría de los grandes partidos políticos de derecha y centro. Estos últimos no tienen formas ni canales propios de expresión al estar clausurada la actividad política tradicional en la cual se desenvolvían y, por tanto, tampoco pueden hacer públicos los intereses de sectores de la burguesía afectados por la política militar. Lo paradójico es que estos mismos partidos democráticos no trepidaron en incitar y, posteriormente, aplaudir el golpe militar y la liquidación de toda forma de expresión democrática ante el peligro que, para ellos, representaba el ascenso proletario. Hoy en día, la negación y renuncia que hicieron de su propia doctrina política se vuelve en contra de sus propios intereses de clase.

Por las contradicciones en el seno de la burguesía el proyecto político fascista no ha podido hacerse *práctico*, de ahí que la intención de crear un *Estado corporativo* mediante una nueva constitución ha terminado por ser sólo eso: *un mero proyecto*. Además, mientras el fascismo chileno difunde toda una ideología nacionalista, de exaltación de los valores nacionales, donde el "comunismo internacional" aparece como enemigo de la patria; por otro lado, su política económica, como ya lo vimos, es de entrega al capital extranjero. De ahí que el proyecto fascista chileno aparezca como un proyecto híbrido frente al fascismo clásico (italiano y alemán), por lo que algunos especialistas del tema lo han calificado de fascismo "atípico" y "dependiente". Por esta razón y por el hecho de que toda la campaña ideológica fascista sólo tuvo un éxito relativo, los primeros días después del golpe, para tornarse después en antipatía no disimulada hacia el gobierno militar (como consecuencia de la crisis económica imputable al gobierno), y menos tuvo éxito en las masas obreras y campesinas, la aplicación del modelo fascista despierta reacciones contrarias en el pueblo y en el seno de la propia burguesía; las cuales se reproducen incluso en las propias fuerzas armadas chilenas.

El cuarto elemento que se debe tomar en cuenta para establecer las características de la lucha de clases en la actual coyuntura, es el grado de desarrollo de la oposición popular al proyecto fascista. Mientras ésta se mantenga en un estado potencial, de organización y repliegue, a la defensiva, el proletariado carecerá en la práctica de un proyecto político propio y alternativo a los que puedan ofrecer partidos de la burguesía; siendo, por tanto, arrastrado y utilizado (representado) en una alianza de clases hegemonizada por la burguesía, la cual si bien puede terminar con el proyecto fascista, dejaría intacto lo esencial del aparato del Estado capitalista, reproduciéndose la dominación burguesa. Por el contrario, si las fuerzas populares, encabezadas por la clase obrera, logran superar la etapa de reagrupamiento, de organización y se lanzan a la ofensiva, lo harán con un proyecto estratégico independiente a los intereses burgueses. A juzgar por las noticias procedentes del interior de Chile, no hay duda que las fuerzas populares comienzan a reagruparse y a estrechar filas después del golpe brutal del 11 de septiembre; elaboran estrategias y se aprestan para un combate a largo plazo con la burguesía, el que, evidentemente, pasa por la división de las fuerzas armadas.

Sin embargo, no cabe duda que en la medida que la clase obrera se fortalezca y constituya un mínimo peligro para la dominación burguesa, ésta olvidará sus contradicciones internas, las cuales volverán a tener el carácter de secundarias que siempre tuvieron. Esta reunificación de la burguesía, ante un eventual "peligro marxista", es lo que trata desesperadamente de lograr Pinochet, manteniendo a las fuerzas armadas en estado de guerra y alerta permanente. Por ahora, pese a que las vanguardias del proletariado comienzan a levantar cabeza y hace tiempo que superaron la etapa de desarticulación posterior al golpe, en el seno de la burguesía se lucha enconadamente por proyectos políticos ideológicos disímiles, que reflejan distintos intereses en juego. La agudización o el apaciguamiento de esta lucha depende del carácter que asuma la contradicción esencial de la sociedad capitalista: la burguesía *versus* el proletariado.

12 de agosto de 1976

Ricardo Fenner Vargas